

## LA PALABRA DE VOLTAIRE EN *EL JARDÍN DE LAS DUDAS* DE FERNANDO SAVATER

MARTA GINÉ JANER  
UNIVERSITAT DE LLEIDA

Publicada en 1993 y finalista del premio Planeta, la novela *El jardín de las dudas* de Fernando Savater responde, según explica el propio autor, a un deseo pedagógico (aproximar al lector de hoy las ideas principales del patriarca de Ferney) y, especialmente, al deseo de difundir las grandes líneas del pensamiento del siglo ilustrado, a saber, el cosmopolitismo, el racionalismo, una ética universalista, el hedonismo, las libertades públicas... que el escritor español ve peligrar en el mundo actual.<sup>1</sup> Savater afirma que, a lo largo de su novela, para acercarnos a este ideario, ha querido reproducir las palabras mismas de Voltaire. En cierta manera, pues, *El jardín de las dudas* constituye una recreación de diversos elementos literarios de Voltaire, además de proponer traducciones directas de diversos párrafos de diferentes obras del creador de *Candide*, un escritor al que F. Savater conoce muy bien, como lo ha demostrado en la abundante bibliografía que le ha dedicado.<sup>2</sup> *El jardín de las dudas* es, pues, y ante todo, un homenaje a Voltaire, responde al deseo de hacer pervivir, mediante la palabra, unas ideas ilustradas, basadas en un humanismo entendido en sentido positivo y amplio: tolerancia, respeto a la persona humana, fe en la educación como motor del progreso y de la libertad...

La forma de la novela es ya un primer homenaje al siglo XVIII. Savater escoge el género epistolar, tipo novelístico que conoció gran éxito en ese siglo y que Voltaire practicó con fruición (basta recordar que lo hicieron además, entre otros, Montesquieu, Crébillon, Rousseau o Laclos). La novela se ofrece como

---

1. Seguimos los postulados explicitados por el propio F. Savater en la "Nota final" a *El jardín de las dudas*, Barcelona, Planeta, 1993. Todas las referencias a la novela remiten a esta edición.

2. Ya sea en estudios monográficos, traducciones, prólogos. Citaré únicamente, pues un deseo de exhaustividad llenaría todo un libro, la conferencia que ofreció, no hace mucho, en la Universitat de Lleida, titulada "Voltaire, el primer intelectual" en el marco del congreso *1793. Naixement d'un Nou Món a l'ombra de la República*. Véanse las actas con el mismo título, editadas por Àngels Santa, Marta Giné y Montserrat Parra, Lleida, Universitat de Lleida, 1995, 547-555.

un conjunto de cartas entre Voltaire (naturalmente apócrifas) y una dama francesa, Carolina de Beauregard, casada con un español y por ello convertida en condesa de Montoro. Esta forma narrativa, compleja, abierta, múltiple, conviene a unos escritores a los que les gusta educar, que se interesan por diferentes puntos de vista, apasionados por el análisis psicológico de sentimientos y emociones... de manera que la novela epistolar, con unas intenciones analíticas y críticas evidentes, se convierte en un instrumento privilegiado para transmitir una determinada ideología.

El título de la obra es también un claro homenaje a Voltaire. Su sentido principal reside en proponer la duda -contra el dogmatismo- como motor del progreso y de la ciencia, pero también en los asuntos que escapan a la razón humana. La cuestión más difícil de resolver es, evidentemente, el origen y destino del hombre. Comentado el pensamiento de Pascal, Voltaire propone dudar antes que creer en el misterio: "Ne vaut-il mieux dire: je ne sais rien. Un mystère ne fut jamais une explication; c'est une chose divine et inexplicable".<sup>3</sup> Al escoger, pues, el título de su novela, Savater dirige la atención del lector hacia un presupuesto que él comparte con el patriarca de la Ilustración. En efecto, la reflexión sobre las religiones instituidas, la idea de divinidad..., ocupan una parte muy importante del *Jardín de las dudas*.

Para ilustrar la cuestión de la divinidad en Voltaire, Savater cita textos del autor del *Dictionnaire philosophique* hoy en día casi olvidados. Ello nos descubre, evidentemente, la erudición de nuestro filósofo, pero también significa un homenaje a obras que el propio Voltaire apreciaba especialmente, aunque el gusto de hoy las haya postergado. Es el caso de la tragedia *Le Fanatisme ou Mahomet le prophète* (1742), pues Voltaire deseaba ser recordado especialmente por su teatro.<sup>4</sup>

Savater reproduce una frase directa de *Mahoma*, una frase muy actual para resumir los fanatismos religiosos, cualesquiera que éstos sean: "Quien se atreve a pensar no nació para creerme". También deja constancia de la malicia de Voltaire hombre, al relatar que nuestro escritor, en un intento de evitar la censura que prohibió la representación de *Mahoma*, envió un ejemplar de la misma a Benedicto XIV (p. 88) con una deliciosa dedicatoria, fechada el 17 de agosto de 1745, que no dudamos en reproducir:

---

3. Véanse las *Lettres philosophiques* ou *Lettres anglaises*, carta XXV: se trata de un fragmento de la última carta, que dirige contra Pascal, al que considera, en la literatura francesa, su principal antagonista en el terreno de las ideas. Así lo reflejará *El jardín de las dudas* pues el nombre de Pascal es citado varias veces: "A los enemigos y a los envidiosos nunca les acalla la sensatez salvo cuando ésta se manifiesta como renuncia a ejercer el talento propio. Para ello debería haberme retractado, declarar que Pascal siempre tiene razón" (p. 102).

4. Escribe Voltaire, por mano de Savater: "No ignoro que muchas de mis obras tienen fallos, versos poco afortunados y falsos desenlaces. Me gustaría ser juzgado sólo por las que creo mejores, como *Zaïre* o mi *Mahoma*" (p. 87).

Très Saint-Père,

Votre Sainteté voudra bien pardonner la liberté que prend un des plus humbles, mais l'un des plus grands admirateurs de la vertu, de consacrer au chef de la véritable religion un écrit contre le fondateur d'une religion fausse et barbare. À qui pourrais-je plus convenablement adresser la satire de la cruauté et des erreurs d'un faux prophète, qu'au vicaire et à l'imitateur d'un Dieu de paix et de vérité<sup>5</sup>

Sabemos que Voltaire no es, sin embargo, un ateo sino un deísta, que cree en un Dios supremo y bondadoso con su creación, pero que rechaza los dogmas, fuente de fanatismo. Voltaire cree en un Dios racional frente a la intolerancia de las religiones instituidas. En este sentido, Savater reproduce (pp. 213-214), casi por completo, la "cinquième question" de la voz "Religion" del *Dictionnaire philosophique* de Voltaire, la que se refiere a qué religión practicar: "Ne serait-ce pas celle qui enseignerait beaucoup de morale et très peu de dogmes? Celle qui tendrait à rendre les hommes justes sans les rendre absurdes? [...] Ne serait-ce point celle qui ne soutiendrait pas sa créance par des bourreaux, et qui n'inonderait pas la terre de sang pour des sophismes inintelligibles?". Por eso, Voltaire admira (si bien señala sus errores) la tolerancia religiosa que encuentra en Inglaterra: "C'est ici le pays des sectes. Un Anglais, comme homme libre, va au Ciel par le chemin qui lui plaît",<sup>6</sup> idea que reproduce Savater: "Como hombre libre que es, cada inglés va al cielo por el camino que mejor le acomoda" (p. 53).

La última carta de *El jardín*, la última carta con la que Savater desea cerrar su novela (pp. 238-239), constituye una traducción muy fiel de la palabra de Voltaire (exceptuando la despedida de la carta), en concreto se trata de la célebre "Plegaria a Dios" (capítulo XXIII) del *Traité sur la tolérance*:

Ce n'est donc plus aux hommes que je m'adresse; c'est à toi, Dieu de tous les êtres, de tous les mondes et de tous les temps: s'il est permis à de faibles créatures perdues dans l'immensité, et imperceptibles au reste de l'univers, d'oser te demander quelque chose, à toi qui as tout donné, à toi dont les décrets sont immuables comme éternels, daigne regarder en pitié les erreurs attachées à notre nature; que ces erreurs ne fassent point nos calamités. Tu ne nous as point donné un cœur pour nous haïr, et des mains pour nous égorger; fais que nous nous aidions mutuellement à supporter le fardeau d'une vie pénible et passagère; que les petites différences entre les vêtements qui couvrent nos débiles corps, entre tous nos langages insuffisants, entre tous nos usages ridicules, entre toutes nos lois imparfaites, entre toutes nos opinions insensées, entre toutes nos conditions si disproportionnées à nos yeux, et si égales devant toi; que toutes ces petites nuances qui distinguent les atomes

---

5. En realidad, Voltaire escribió al papa en italiano, y éste le contestó en la misma lengua; en las ediciones francesas, a partir de la célebre de Kehl, suele darse el texto en versión francesa.

6. *Lettres philosophiques*, carta V.

appelés hommes ne soient pas des signaux de haine et de persécution; que ceux qui allument des cierges en plein midi pour te célébrer supportent ceux qui se contentent de la lumière de ton soleil; que ceux qui couvrent leur robe d'une toile blanche pour dire qu'il faut t'aimer ne détestent pas ceux qui disent la même chose sous un manteau de laine noire; qu'il soit égal de t'adorer dans un jargon formé d'une ancienne langue, ou dans un jargon plus nouveau; que ceux dont l'habit est teint en rouge ou en violet, qui dominent sur une petite parcelle d'un petit tas de la boue de ce monde, et qui possèdent quelques fragments arrondis d'un certain métal, jouissent sans orgueil de ce qu'ils appellent grandeur et richesse, et que les autres les voient sans envie: car tu sais qu'il n'y a dans ces vanités ni de quoi envier, ni de quoi s'enorgueillir. Puisse tous les hommes se souvenir qu'ils sont frères! Qu'ils aient en horreur la tyrannie exercée sur les âmes, comme ils ont en exécration le brigandage qui ravit par la force le fruit du travail et de l'industrie paisible! Si les fléaux de la guerre sont inévitables, ne nous déchirons pas, ne nous déchirons pas les uns les autres dans le sein de la paix, et employons l'instant de notre existence à bénir également en mille langages divers, depuis Siam jusqu'à la Californie, ta bonté qui nous a donné cet instant.

Texto que, en la obra de Savater, aparece de este modo:

Ferney, octubre de 177...

No es ya a los hombres a quienes me dirijo; es a ti, Dios de todos los seres, de todos los mundos y de todos los tiempos: si les está permitido a las débiles criaturas perdidas en la inmensidad e imperceptibles para el resto del universo atreverse a pedirte algo, a ti que todo lo das y todo lo retiras, a ti cuyos decretos son tan inmutables como eternos, dignate mirar con piedad los errores ligados a nuestra naturaleza; que esos errores no sean la fuente de nuestras calamidades. No nos has dado un corazón para odiamos ni manos para degollarnos; haz que nos ayudemos mutuamente a soportar la carga de una vida penosa y pasajera; que las pequeñas diferencias entre los vestidos que cubren nuestros débiles cuerpos, entre todos nuestros lenguajes insuficientes, entre todos nuestros usos ridículos, entre todas nuestras leyes imperfectas, entre todas nuestras opiniones insensatas, entre todas nuestras condiciones tan dispares ante nuestros ojos y tan iguales ante ti, que todos estos pequeños matices que distinguen a los átomos llamados humanos no sean señales de odio y de persecución; que los que encienden cirios en pleno mediodía para celebrarte soporten a los que se conforman con la luz de tu sol; que los que cubren su traje con una tela blanca para decir que hay que amarte no detesten a los que dicen lo mismo bajo un ropón de lana negra; que sea igual adorarte en una jerga formada a partir de una lengua antigua o en una jerga más nueva; que aquellos cuya indumentaria está realzada en rojo o en violeta, que dominan sobre una pequeña parcela de un pequeño montón del barro de este mundo, y que poseen unos cuantos fragmentos redondeados de cierto metal, disfruten sin orgullo de lo que ellos llaman grandeza y riqueza, y que los otros los contemplen sin envidia: pues tú sabes que no hay en estas vanidades nada que envidiar ni nada de lo que enorgullecerse. Ojalá puedan los hombres recordar que son hermanos! Que todos tengan horror a la tiranía ejercida sobre las almas, como execran el bandolerismo que arrebató por la fuerza el

fruto del trabajo y de la pacífica industrial. Si es que los flagelos de la guerra son inevitables, al menos no nos odiamos ni nos desgarramos unos a otros en el seno mismo de la paz. Empleemos el instante que dura nuestra existencia en bendecir igualmente en mil lenguas diversas, desde Siam hasta California, tu bondad que nos ha concedido este instante. Señora, sabed que mi pensamiento está con vos: desconsolado y desconsolador, pero próximo. Adiós, amiga mía, adiós. Vuestro Voltaire. (pp. 238-239)

El *Traité sur la tolérance* fue escrito por Voltaire para combatir a favor de la justicia y contra la tortura y el fanatismo, a raíz del proceso judicial arbitrario que llevó a la muerte a Jean Calas, condenado sin pruebas. A luchar contra esa arbitrariedad, Voltaire dedicó tres años de su vida y consiguió, al fin, la rehabilitación de la familia Calas. Savater explica con gran fidelidad esta causa (pp. 226-229): cómo se acusa a un hombre porque es hugonote, el sectarismo de los jueces, los prejuicios antiprotestantes de la población, cómo una acusación infame, convertida en un rumor general, se convierte en prueba de culpabilidad... Y, más allá del caso concreto, cómo Voltaire dio a su texto un sentido filosófico: los que tienen la autoridad debe ejercerla con tolerancia, guiados por la voz de la razón. De ahí que, en su *Traité* Voltaire reflexione, a lo largo de veinticinco capítulos, sobre las formas adoptadas, desde la Antigüedad, por los intransigentes, para acabar pidiendo el triunfo universal de la tolerancia. Savater deja constancia, además del *Commentaire sur le livre des délits et des peines* de Beccaria, así como de *L'affaire du chevalier de la Barre*, condenado por haber cantado canciones impías y haberse cruzado con una procesión sin descubrirse (p. 229), caballero al que, (Savater cita la entrada "Torture" del *Dictionnaire philosophique*), "appliquèrent encore à la torture pour savoir précisément combien de chansons il avait chantées, et combien de processions il avait vues passer, le chapeau sur la tête". Y es que el corolario del caso Calas, y del fanatismo en general, es el uso de la tortura contra los acusados. La conclusión de Voltaire ante estos procedimientos tan bárbaros es siempre la misma, y así la repite varias veces Savater: "¡Aplastemos al Infame!" (p. 230, entre otras).

La reflexión de Voltaire sobre el arte ocupa buena parte de las páginas de *El jardín*. El arte (y especialmente el teatro) es una forma de instruir en la libertad. Savater ilustra esta teoría que Voltaire explicó en varias de sus obras y en su correspondencia. En una de sus cartas, el creador de *Zaire* afirmó: "Je regarde la tragédie et la comédie comme des leçons de vertu, de raison et de bienséance" (20 de junio de 1773); podemos leer en *El jardín*: "El teatro es aula donde puede aprenderse la verdadera moral de la gente honrada" (p. 78).

Se asocia, pues, el teatro a la idea de libertad de expresión y el arte, en general, se ve como la manifestación más digna del ser humano, la que nos hace superiores al resto de la naturaleza. Voltaire, sin embargo, es consciente de que no siempre el público, la plebe, es capaz de entender la verdad... Savater escoge citar una de las cartas en las que se observa la malicia del hombre Voltaire, para escapar a censuras varias, las dificultades del siglo XVIII para allanar el camino a la verdad mediante el arte:

Le mensonge n'est un vice que quand il fait du mal; c'est une très grande vertu, quand il fait du bien. Soyez donc plus vertueux que jamais. Il faut mentir comme un diable, non pas timidement, non pas pour un temps, mais hardiment et toujours. Qu'importe à ce malin de public qu'il sache qui il doit punir d'avoir produit une Croupillac? Qu'il la siffle si cela ne vaut rien, mais que l'auteur soit ignoré; je vous en conjure au nom de la tendre amitié qui nous unit depuis vingt ans. (A Thiériot, de 21 de octubre de 1736)

que Savater transcribe de este modo:

Creo que hay que decir audazmente y con fuerza lo que uno piensa, pero sin admitir luego ningún escrito comprometedor. Nos reconocen, claro está, pero no pueden probarnos nada. Escribir y esconder la mano, tal ha sido siempre mi lema. La mentira no es un vicio más que cuando hace daño. En cambio cuando sirve para ayudar al bien es una gran virtud. Nunca he dejado de ser en esto muy virtuoso. Hay que mentir como un auténtico diablo, no tímidamente, no de vez en cuando, sino con plena osadía y siempre (pp. 101-102)

Una de las experiencias más fuertes, para Voltaire, en este sentido, fue la estancia en Berlín, en la corte de Federico II de Prusia. Allí Voltaire aprendió que se puede realizar simultáneamente la apología del arte y practicar también la intolerancia hasta el punto de convertirse, el poderoso, en azote del otro. En *El jardín* vemos cómo Voltaire, que soñaba con desempeñar un papel político importante en la corte, fue, en principio bien acogido; más tarde, graves malentendidos surgieron entre el filósofo y el rey, de modo que tuvo que huir precipitadamente. Savater cita, entre otras cartas, la voz de alarma dada por La Mettrie: “Fue el propio La Mettrie, que siempre se llevó en lo personal muy bien conmigo, quien un día entre risas me dio la voz de alarma. Se había quejado ante Federico, con su exagerado humor habitual, de la privanza y el favoritismo que el monarca me concedía. ‘-A ése déjale -fue la respuesta regia-. Debes saber que primero se estruja la naranja y luego se tira cuando ya no tiene jugo” (p. 159), que se corresponde con lo expresado por Voltaire a Mme Denis: “La Mettrie me parle avec confiance; il m’a juré que, en parlant au roi, ces jours passés, de ma prétendue faveur et de la petite jalousie qu’elle excite, le roi lui avait répondu: ‘J’aurai besoin de lui encore un an, tout au plus; on presse l’orange et on jette l’écorce” (carta de 2 de septiembre de 1751).

Ante esta situación, Voltaire reacciona con el “arma más poderosa, la única contra la que nada pueden las autoridades científicas ni la mismísima realeza: el humor” (p. 163) y escribe un famoso panfleto, la *Diatrise du docteur Akakia, médecin du pape* (1752), en el que nuestro escritor se burla de las locuras de un “crédulo seguidor de Maupertuis” (p. 163). Esa libertad que reclamaba mediante la palabra fue la que, en última instancia, obligó a Voltaire a abandonar Prusia, no sin antes haber tenido que quemar ese panfleto aunque, por suerte, “en ese momento ya viajaba hacia mi editor holandés una copia de la obra, que apareció impresa pocos días después” (p. 164).

Ante la amenaza contra la libertad, Voltaire continuó sirviéndose del arma preferida para el combate de ideas: el panfleto. Uno de los más divertidos es su *De l'horrible danger de la lecture* (1765),<sup>7</sup> en el que, mediante una ficción oriental, el escritor descubre la censura ejercida en la Francia de su época contra la libre expresión de las ideas. Savater reproduce fielmente este panfleto (pp. 128-130), que, en el contexto de la novela, indica que el aprendizaje de la verdadera libertad, para un joven, reside en los libros.

Y es que, para combatir el fanatismo, los prejuicios, la falsa ciencia... Voltaire está a favor de la difusión del saber, las producciones del espíritu y el estudio de la historia. Voltaire nos propone, avanzándose a su época, un estudio histórico de tipo social, en el que destaca el papel jugado por los seres que han hecho progresar al hombre. Así, puede leerse en el *Essai sur les mœurs*:<sup>8</sup>

Le but de ce travail n'est pas de savoir en quelle année un prince indigne d'être connu suceda à un prince barbare chez une nation grossière. Si l'on pouvait avoir le malheur de mettre dans sa tête la suite chronologique de toutes les dynasties, on ne saurait que des mots. Autant il faut connaître les grandes actions des souverains qui ont rendu leurs peuples meilleurs et plus heureux, autant on peut ignorer le vulgaire des rois, qui ne pourrait que charger la mémoire ("Avant-propos")

Ma principale idée est de connaître autant que je pourrai les mœurs des hommes et les révolutions de l'esprit humain. [...] N'y a-t-il donc eu sur la terre que des rois; et faut-il que presque tous les inventeurs des arts soient inconnus, tandis qu'on a des suites chronologiques de tant d'hommes qui n'ont fait aucun bien, ou qui ont fait beaucoup de mal? (*Essai sur les mœurs*, "Plan d'une histoire de l'esprit humain")

Y en el texto de Savater:

La mayoría de los historiadores han escrito para halagar la vanidad de los reyes y el orgullo patriótico de las naciones. Por ello sus crónicas son una galería de gloriosos expoliadores coronados, saqueadores de provincias a toque de clarín, cargas de caballería. [...] Apenas se concede una mención a los costumbres de los ciudadanos, a los inventos que han hecho más cómoda la vida y más provechosa la industria, al comercio que enriquece a los pueblos deforma más segura que las conquistas (p. 171)

Con estas perspectivas metodológicas, Voltaire ofrece el estudio histórico de la época del rey sol, relatada en su *Siècle de Louis XIV* (1752); en las primeras páginas del ensayo, Voltaire define sus objetivos: explicar a la posteridad

---

7. Publicado en *Nouveaux mélanges* (1765).

8. Savater realiza una síntesis de esta obra en la página 175.

non les actions d'un seul homme, mais l'esprit des hommes dans le siècle le plus éclairé qui fut jamais. Tous les temps ont produit des héros et des politiques: tous les peuples ont éprouvé des révolutions: toutes les histoires sont presque égales pour qui ne veut mettre que des faits dans sa mémoire. Mais quiconque pense, et, ce qui est encore plus rare, quiconque a du goût, ne compte que quatre siècles dans l'histoire du monde. Ces quatre âges heureux sont ceux où les arts ont été perfectionnés, et qui, servant d'époque à la grandeur de l'esprit humain, sont l'exemple de la postérité. (cap. I: "Introduction")

Savater, tras definir esos objetivos del trabajo histórico según Voltaire (concisión, objetividad, importancia del desarrollo de las artes) explica, siguiendo siempre a nuestro autor, cuáles fueron esas edades:

En Europa ha habido si no me equivoco cuatro épocas que podemos llamar dichosas por comparación a otras, atendiendo al desarrollo que en ellas tuvieron los conocimientos y las formas políticas: el siglo de Pericles y Platón en Grecia, el de César y Cicerón en Roma, el de los Médicis en Florencia y el de Luis XIV, Corneille y Racine en Francia (p. 176)

La dicha histórica se equipara al desarrollo del arte y la barbarie sería lo contrario a la emancipación de los hombres; en este contexto, la guerra es lo peor en el devenir humano:

Misérables médecins des âmes, vous criez pendant cinq quarts d'heure sur quelques piqûres d'épingle, et vous ne dites rien sur la maladie qui nous déchire en mille morceaux. Philosophes moralistes, brûlez tous vos livres. Tant que le caprice de quelques hommes fera loyalement égorger des milliers de nos frères, la partie du genre humain consacrée à l'héroïsme sera ce qu'il y a de plus affreux dans la nature entière. (*Dictionnaire philosophique*, artículo "Guerre")

Compárese con el texto de Savater:

Mientras éste [príncipe] siga siendo el monstruo que despedaza a las multitudes, los filósofos moralistas que se dedican a condenar unos cuantos alfilerazos particulares pueden quemar sus libros; en tanto sea el capricho de unos pocos individuos el que haga degollar legalmente a millares de nuestros hermanos, la parte del género humano dedicada al heroísmo militar será lo más espantoso de la naturaleza entera (p. 179)

Del estudio de la historia, Voltaire concluye que el mejor régimen político es el republicano: "Il est impossible qu'il y ait sur la terre un État qui ne soit gouverné d'abord en république: c'est la marche naturelle de la nature humaine" (*Dictionnaire philosophique*, artículo "Patrie"), que en boca del Voltaire de Savater se convierte en: "El más tolerable de todos [los gobiernos] es el

republicano, porque es el que más acerca a los hombres a su igualdad natural” (p. 182).

El gusto por la historia lo descubrió Voltaire en Inglaterra, donde permaneció entre 1726 y 1729. Savater relata la admiración de Voltaire por este país, tal como éste lo explicó en sus *Lettres philosophiques ou lettres anglaises*. Así, *El jardín* constituye un eco de las principales ideas de ese libro: además de la confianza optimista en el hombre, en oposición a Pascal (carta XXV), Savater expone el interés de Voltaire por la ciencia (cartas XXIII y XIV, en particular las menciones a Locke -p. 65- y a Newton, con el relato de sus funerales -p. 63-), la libertad religiosa, los escritores y artistas que allí descubrió y admiró (Pope, carta XXII/p. 56, o Swift, carta XXII/p. 56) o no (Shakespeare, carta XVIII/p. 59), el elogio del comercio y del progreso:

En France est marquis qui veut, et quiconque arrive à Paris du fond d’une province avec de l’argent à dépenser et un nom en ac ou en ille, peut dire “un homme comme moi, un homme de ma qualité”, et mépriser souverainement un négociant; le négociant entend lui-même parler si souvent avec dédain de sa profession qu’il est assez sot pour en rougir; je ne sais pourtant lequel est le plus utile à un État, ou un seigneur bien poudré qui sait précisément à quelle heure le roi se lève, à quelle heure il se couche, et qui se donne des airs de grandeur en jouant le rôle d’esclave dans l’antichambre d’un ministre, ou un négociant qui enrichit son pays, donne de son cabinet des ordres à Surate et au Caire, et contribue au bonheur du monde. (carta X)

Este texto toma en la obra de Savater un carácter más personal, introduciendo el nombre del caballero de Rohan, con el que Voltaire tuvo un célebre altercado, origen de su exilio inglés:

En nuestro país tenemos por digno de veneración a cualquier parásito como el miserable Rohan-Chabot, cuyo único timbre de gloria es ostentar un apellido ilustre que le permite cometer impunemente las peores felonías, sin servir de nada a la riqueza de su nación ni a la utilidad de los ciudadanos. Y en cambio se mira con menosprecio a comerciantes emprendedores cuya actividad aumenta la prosperidad del estado y proporciona a los particulares las cosas necesarias para hacer la existencia más dulce y más cómoda (p. 48).

Todas estas cuestiones apuntadas son, para Voltaire, los principios de la filosofía: “Le vrai philosophe défriche les champs incultes, augmente le nombre des charrues, et par conséquent des habitants; occupe le pauvre et l’enrichit; encourage les mariages, établit l’orphelin; ne murmure point contre des impôts nécessaires, et met le cultivateur en état de les payer avec allégresse. Il n’attend rien des hommes, et leur fait tout le bien dont il est capable. Il a l’hypocrite en horreur, mais il peint le superstitieux; enfin in sait être ami” (carta a Damilaville, de 1 de marzo de 1765). Tema que Savater también trata ampliamente (el filósofo es “alguien cuyo ingenio es cívico y que pone su pensamiento al servicio de la utilidad social” p. 192 y ss.).

Voltaire participó activamente en la redacción de la *Encyclopédie* dirigida por Diderot. Savater relata cómo nació esta empresa, sus objetivos, las maliciosas y divertidas maneras de evitar la censura, los problemas de realización y difusión; como ilustración del proceder enciclopédico cita el célebre artículo “Agnus scythicus” (pp. 194 y ss.). Más adelante explica cómo nació el artículo “Genève” de la mano de d’Alembert: sabemos que a Voltaire le “parecía chocante que una ciudad tan liberal mantuviese la maldición calvinista contra el teatro” (p. 206) y d’Alembert también constató, en su artículo, que “on ne souffre point à Genève de comédie”. Se relatan también las críticas recibidas y cómo pudo, finalmente, llegar a publicarse la obra.

Sabemos que la filosofía de Voltaire reside, si intentamos resumirla a grandes rasgos, en vivir la vida con sensatez, de forma racional -entendiendo la razón como la expresión del sentido común- en la aplicación de unas leyes justas: “Il m’a paru que la plupart des hommes ont reçu de la nature assez de sens commun pour faire des lois, mais que tout le monde n’a pas assez de justice pour faire de bonnes lois”, escribe en el artículo “Des lois” de su *Dictionnaire philosophique* (reproducido por Savater, p. 224). Savater recrea también la célebre consigna: “Nous sommes tous également hommes, mais non membres égaux de la société”.

Otra de las ideas básicas de Voltaire es que la comodidad y el refinamiento contribuyen a la felicidad de los hombres, idea proclamada de forma provocadora en el poema *Le Mondain* (1736). Savater traduce los versos que considera más significativos, los que ven en estos conceptos el precepto de la madre naturaleza:

Moi, je rends grâce à la Nature sage  
Qui, pour mon bien m’a fait naître en cet âge  
Tant décrié par nos pauvres docteurs:  
Ce temps profane est tout fait pour mes mœurs.  
J’aime le luxe, et même la mollesse,  
Tous les plaisirs, les arts de toute espèce  
La propreté, le goût, les ornements (versos 5-11)

Doy gracias a la sabia Natura  
Que, por mi bien, me hizo nacer  
En esta edad tan criticada por los doctores.  
Me gusta el lujo e incluso la honganza,  
Todos los placeres, las artes de todo tipo,  
La limpieza, el gusto y los adornos. (p. 52)

De los primeros versos, Savater pasa a citar el último, convertido en fundamento del poema: “Le paradis terrestre est où je suis” > “El Paraíso terrestre está donde yo estoy” (p. 52).

Esta noción tiene un correlato en el concepto de beatitud desarrollado por Cándido (“Il faut cultiver notre jardin”, capítulo XXX): “Ampliando el consejo de Cándido, yo no sólo cultivo mi jardín sino también mis huertas y

mis campos” (p. 213). Las ocupaciones en Cirey, en “Les Délices” y en Ferney son relatadas con detalle por Savater, pues resumen ese saber vivir que predicó Voltaire: la unión del placer y del trabajo (manual y científico), la defensa del lujo y de la civilización. Ese saber estar en el mundo, con la felicidad de practicar lo mejor de uno mismo, con optimismo, es el mensaje en el que insiste Savater, por la repetición querida del último verso de *Le Mondain*: “Le paradis terrestre est où je suis”. Pero no es optimismo gratuito ni papanatismo. Voltaire atacó la idea de un fácil optimismo y Savater cita varios versos del *Poème sur le désastre de Lisbonne* (1756), subtítulo *Examen de cet axiome: “Tout est bien”*.

Voltaire, y tras él Savater, abordan el enigma de la existencia del mal en el mundo. Voltaire se interesó por este tema a partir de los ensayos de la *Teodicea* de Leibniz, según los cuales el mundo en que vivimos es el mejor de los posibles, pues suponer que podría ser mejor, significa, en consecuencia, enmendar la plana a Dios (p. 177). Ello encendió una viva polémica y es en ese contexto cuando tuvo lugar el terremoto de Lisboa (1755), que conmovió profundamente a Voltaire: ¿cómo se podía justificar tal sufrimiento?:

Que suis-je, où suis-je, où vais-je, et d’où suis-je tiré?  
 Atomes tourmentés sur cet amas de boue,  
 Que la mort engloutit et dont le sort se joue,  
 Mais atomes pensants, atomes dont les yeux,  
 Guidés par la pensée, ont mesuré les cieux;  
 Au sein de l’infini nous élançons notre être,  
 Sans pouvoir un moment nous voir et nous connaître.  
 Ce monde, ce théâtre d’orgueil et d’erreur,  
 Est plein d’infortunés qui parlent de bonheur

¿Qué soy, dónde estoy, a dónde voy, de dónde vengo?  
 Somos átomos atormentados sobre este montón de barro,  
 A los que la muerte devora y de los que la suerte se burla,  
 Pero átomos pensantes, átomos cuyos ojos  
 Guiados por el pensamiento han medido los cielos;  
 En el seno de lo infinito lanzamos nuestro ser  
 Sin poder ni por un momento vernos y conocernos.  
 El mundo es un teatro de orgullo y de error,  
 Lleno de infortunados que hablan de la felicidad. (pp. 222-223)

En muchos de sus cuentos, pero especialmente en *Candide*, Voltaire relató las incoherencias de la existencia y los absurdos que acompañan nuestra vida. Sin embargo, a pesar de todo, insistió en la idea de felicidad y de sabiduría como base existencial, especialmente en los últimos años, convertido ya en una figura intelectual única en Europa, convertido en patriarca de Ferney.

Organizado siguiendo unos presupuestos cronológicos que respetan fielmente la biografía y la producción escrita de Voltaire (la infancia y los problemas con su padre -pp. 24 a 31-, la educación en los jesuitas -pp. 25 a 27-, el anagrama Arouet/Voltaire -p. 35-, las primeras obras (*Cédipe*, *La Henriade*), el

episodio de la Bastilla -p. 34-, la estancia en Londres huyendo del enojoso asunto con Rohan-Chabot y la defensa de la libertad como primer objetivo en la lucha filosófica, al tiempo que la crítica de las instituciones francesas -pp. 40 a 42-, la creación de las grandes obras: las *Lettres philosophiques*, *Le Mondain*, *Mahomet*, el *Siècle de Louis XIV*, la *Diatribes du docteur Akakia*, el *Essai sur les mœurs*, el *Traité sur la tolérance*, el *Dictionnaire philosophique*, los cuentos más importantes, su contribución a la *Encyclopédie*.... Además, se refiere también a los personajes que Voltaire más admiró o fustigó (Swift, Pope, Newton, Mme du Châtelet, Aranda, Diderot, Rousseau, Descartes, Federico II de Prusia, diversos amores y diversas actrices), *El jardín de las dudas* constituye una antología, una selección de frases y pensamientos fundamentales de la producción literaria de Voltaire<sup>9</sup> con un objetivo claro: que la palabra de una ideología tolerante, racional y benevolente con el ser humano, que la actitud de un hombre sabio ante los avatares de la vida no desaparezcan nunca, sino que, al contrario, guíen a las generaciones futuras. En todo caso, la última palabra hay que dedicarla no a Voltaire sino a Savater, que ha sabido hilvanar, con gran maestría estética, esos pensamientos voltairianos diseminados en múltiples obras, actualizarlos (Savater cita y traduce lo esencial, despojando las definiciones de ejemplos concretos usados por Voltaire pero alejados de nuestro sentir; por decirlo de otra manera, va al fondo, adaptando la forma, cuando es necesario) configurando una intriga novelesca que se lee con placer y provecho. Savater no menciona explícitamente los títulos manejados del propio Voltaire (porque no quiere escribir una especie de “suma filosófica”), nosotros hemos entresacado algunos, no todos (no hemos querido ser exhaustivos, algo que hubiera necesitado más espacio que el de una contribución a un libro colectivo) porque se trataba únicamente de mostrar la pervivencia de Voltaire y de dar cuenta de cómo éste puede convertirse en materia literaria en las manos de un buen escritor.

---

9. Como afirma el propio Savater: “De Voltaire podría decirse lo que comentó Jean d’Ormesson cuando murió Jean-Paul Sartre: “Más que una obra definitiva, nos ha dejado múltiples muestras de un inmenso talento” (Savater 1995: 548). En efecto, *El jardín de las dudas* constituye una recopilación de esas muestras dispersas en una obra ingente.